

La misericordia de Dios y de los hombres

Guardo memoria del hecho fundacional del Santísimo Cristo de la Misericordia hace cincuenta años, y he tenido el honor de vestir su túmica en dos ocasiones, al menos. Siempre me he confesado ser más un nazareno de calle, sin señal ni distintivo, que un nazareno militante de las procesiones, sin otra razón que la pasión de ver los pasos, ver los Cristos y si pudiera tocarlos, hacerlo, si pudiera besarlos hacerlo también y, siempre repetir sus nombres... Son tantos los nombres de los Cristos pasionarios, tan hermosos y bellos como la grandeza y la hermosura de Aquél de quien un texto sagrado dice que fue el más hermoso de los hijos de los hombres. Uno de esos nombres excellosos es Cristo de la Misericordia.

Este nombre, con toda seguridad, es de los más definitorios de los sentimientos del corazón de Jesús de Nazaret. Si referida a Dios la misericordia es un atributo de la divinidad en cuya virtud perdona los pecados y miserias de los hombres, referida a los hombres la misericordia es la virtud que inclina nuestro ánimo a compadecernos de los trabajos y miserias ajenos. En el sermón de las bienaventuranzas Jesús proclama bienaventurados, es decir, felices a los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia, pero la tasa y la medida del deber de misericordia es que seamos misericordiosos con todos como Dios es misericordioso con nosotros.

Hay palabras, como la misericordia y la compasión, que tanto comprometen la entrega de las personas impulsando los afectos y el amor humano, que han caído en desuso y me parece que han quedado proscritas en el lenguaje habitual. Se prefiere hablar de solidaridad y de movimientos solidarios más que de los sentimientos y de las acciones de misericordia, de compasión y de caridad. La realidad contidiana evidencia que la solidaridad, virtud o razón que se invoca y se aplica a realidades muy diversas, a veces es un principio que evita que hablemos de la justicia, aunque en muchas otras sirve como una aproximación sincera y eficaz a los desfavorecidos que se exterioriza a golpes del corazón. Juan Pablo II ha señalado como notas o virtudes anexas a la solidaridad entendida como virtud cristiana, ademas de humana y social, la donación de la persona, la acción gratuita, la reconciliación y el perdón.

He empezado hablando de la misericordia del corazón de Cristo y he bajado a la arena de la vida en donde mil llamadas cada día advierten al ciudadano, sea o



no cristiano, de que la red que teje en solidaridad la vida, no deja escapar al corazón. La respuesta de cada uno a las llamadas de la solidaridad, o sea, de la misericordia y de la compasión, está en función del esfuerzo para comprometerse o descomprometerse con la solidaridad que quiere decir compartir. El Cristo de la Misericordia que procesiona cada Viernes Santo es un Cristo sin nada, golpeado, lacerado, coronado de espinas, despreciado, abandonado y muerto. Dan escalofríos estos pensamientos sobre ese retrato de la situación en que se halla nuestro Cristo, el Cristo de la Misericordia. Me niego a admitir que tan divino hombre se lo hallamos puesto sólo porque estando en la cruz, en las postimerías de su vida y de la vida de otros dos crucificados, prometió el paraíso de inmediato, al que le pidió su misericordia. No, no sólo por eso. Los evangelistas refieren las muchas ocasiones en las que Jesús se compadecía, se turbaba, se afligía ante la desgracia ajena y daba su respuesta de misericordia perdonando los pecados y remediendo las aflicciones. El prójimo a quien hay que amar se nos hace evidente y presente en virtud de un hecho relacional, de manera que, al mismo tiempo, se es y se tiene prójimo. La enseñanza de la parábola que ilustra el contenido del mandamiento de amarás al prójimo, aclara suficiente mente que el prójimo no es el hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó que fue asaltado, apaleado, herido, robado y abandonado, sino que fue prójimo cuando el samaritano extranjero, que iba de camino y llegó hasta él, al verle se llenó de compasión, tuvo misericordia de él, se acercó, lo curó, lo transportó a un lugar seguro en donde lo hospedó pagando su estancia y los cuidados que le dispensaron.

Cuando escribo esta consideración pasionaria doy gracias al Cristo de la Misericordia por haber inspirado la constitución de esta Cofradía y por haberla conservado en los primeros cincuenta años que ha transitado invocando la misericordia de su Cristo que nunca la niega, y dando testimonio de ese don y de esa virtud. Cuando vuelva a ver al Cristo de la Misericordia por las calles de Murcia en el silencio de su noche procesional, yo nazareno de calle le volveré a pedir que nunca haya corazones de piedra que no sientan y que la misericordia y la compasión muevan los corazones de todos nosotros para amar y las manos para servir.

Joaquín Esteban Mompeán
Presidente del Orfeón Murciano Fernández Caballero